

EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE ANTONIO PEREZ,

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FELIPE II.

INTRODUCCION.

Apasionado prisma de las injusticias del mundo, eco fiel de las causas que triunfan é inflexible azote de los desgraciados oprimidos, frecuentemente la historia eterniza en sus falaces páginas el orgullo del fuerte y el baldon de los que sucumbieron. Organó otras veces de silenciosas venganzas, instrumento dócil de ajenas influencias, levanta del polvo á los caidos para imprimir un sello de ignominia en la frente del poderoso, mientras su voz vendida á bastardos intereses pasa respetada á la posteridad que la venera como espresion de generosas reparaciones, cual grito de magnánimos sentimientos. Así la historia es casi siempre la mentira: así la historia repetida de siglo en siglo por la sociedad que nunca examina las piezas de los grandes procesos porque busca únicamente el fallo, da

Tomo I.—9.

fácil abrigo á virtudes supuestas y eterniza las mas absurdas calumnias. Es noble sin duda su mision: administrar la justicia en el gran tribunal del mundo, vindicar la memoria de los que cayeron víctimas de la opresion ajená, entregar á la execracion las frentes mas altas y arrastrarlas en el lodo de su perversidad, señalar con marca de infamia el nombre del malvado y cercar con lauros y coronas las sienes de los buenos, es un destino severo y elevado; pero por grande que sea la generosidad, es mas grande, mas alta la justicia. No por compadecer al vencido debe maldecirse al vencedor: no por lastimar la suerte de los reos ha de declararse culpable al juez que los condenó con su sentencia. Mas hondas raices necesita la razon, mayor exámen la filosofia.

Mientras que el ministro favorito de algun rey permanece al frente de la administracion del estado, no halla voces el pueblo con que mancillar su conducta. Las acusaciones mas inverosímiles suceden á las mas absurdas acusaciones, y la inmoralidad real de los validos presta un fondo de verdad á los mas exagerados testimonios. Todos los de-

Abril 4 de 1841.

sastres públicos, todas las faltas del gobierno pesan sobre la cabeza del magnate á quien eleva el amor del príncipe y humilla la indignacion del pueblo. La multitud de descontentos, los desgraciados en sus pretensiones, los ambiciosos hallan un foco donde concentrar su encono implacable; y la envidia cortesana tiene un blanco donde asestar sus envenenados tiros. Y cuando despues de haber abusado de su omnimoda influencia pierde el favorito aquella gracia, aquella cualidad que lo elevó al poder, cuando enredado el soberano en los lazos de su propia inclinacion anela sacudir tan pesada losa, cuando abrumado con las quejas continuas del pueblo y con su propia conciencia quiere descargarse en el castigo y esclusion de su aborrecido consejero, la satisfaccion pública celebra por el momento tan acertada resolucion: mas luego los aplausos cesan: las faltas, las vejaciones inseparables de todo gobierno no cayeron con el valido, y la generacion nueva, que recuerda sus padecimientos sin haber alcanzado sus escándalos, le tributa himnos de alabanza y eleva en su pecho un monumento á su memoria. Pasó ya el insolente y vicioso favorito: solo queda la víctima de la suerte, el juguete del capricho soberano. La posteridad ha sido indulgente con D. Alvaro de Luna: olvidando el orgullo y los criminales manejos del poderoso Condesta-

ble, encomia solo sus altas prendas y convierte en arco de triunfo las tablas sangrientas de su caldoso.

En mas limitadas proporciones puede decirse otro tanto de Antonio Perez. Odiado del pueblo mientras duró su influencia con Felipe II, fué eminentemente popular desde que comenzó á sufrir. Con una educacion esmerada, con vastos conocimientos y una experiencia superior á su edad, comenzó el Secretario de Estado su brillante carrera. Su hermosa figura le atrajo la atencion y los favores de las damas: sus maneras sueltas y agradables le hicieron el mejor lugar en la espléndida corte; su alta capacidad, su inteligencia y tino en los negocios, su habilidad palaciega cautivaron pronto el afecto de su rey. Con admirable facilidad para escribir y para espresarse, con giros poéticos en su imaginacion lozana, con un atractivo particular en su trato, su sociedad llegó á ser apetecida por los mas altos señores de su época. Todo le sonreía: las frentes mas soberbias se inclinaban ante él: las puertas doradas se abrian á su presencia: la amistad particular, la confianza de un gran monarca eran estables garantías de las promesas de su ambicion.—Acumulábanse en su cabeza los cargos mas importantes: casas de campo, palacios, carrozas, caballos, banquetes, magníficos muebles, oro y pedrería,

todo cuanto su siglo podia proporcionarle, los goces del lujo, los placeres de la riqueza, las lisonjas de una elevada situacion, todo se hallaba á su alcance y de todo abusaba á la vez sin freno y sin mesura: ¿qué no podia prometerse? ¿qué no debia esperar? Sin embargo la escena varió completamente para el deslumbrado valido: la hora del infortunio vino á despertarle del blando sueño de sus sibaríticas delicias, de sus ambiciosas esperanzas; y las prisiones, los tormentos, los sufrimientos mas graduados y sensibles pusieron á prueba su rica organizacion, apuraron los recursos de su energía, y abatiendo el orgullo y borrando las graves faltas de su próspera fortuna, vertieron con frecuencia en su alma ardiente y liviana el bálsamo de la resignacion y los consuelos de la melancolía.

Antonio Perez no fué ni pudo ser uno de esos privados oscuros que, arrancando de las manos de un rey niño é inesperto las riendas del Estado camian á impulsos de su capricho por los mas peligrosos senderos. Dominar al lado de Felipe II era imposible. Aunque entrado ya en años y desengañado de las vanidades del mundo, el solitario del Escorial dirigía por caminos trazados en su pensamiento previsor el carro de sus dilatados dominios. Fuerte su altiva ambicion entre los achaques que le aquejaban, con la vista fija á la vez en

todas partes, ocupado al fin de su vida en las mas elevadas y juiciosas consideraciones, luchaba por conservar unidos á la corona de España los magníficos florones que incesantemente soldados, se despegaban incesantemente al aflojar de su mano poderosa. Asi vivia el rey de España cuando dejó su servicio Antonio Perez: mas ambicioso, mas grande, mas inflexible le halló algunos años atrás, cuando ardiente y rico de ilusiones se acercó el jóven secretario de Estado á tomar parte en los negocios del monarca. Entonces estaba mucho mas animada la corte de Felipe: el rey, en lo mejor de su edad y con fogosas aunque refrenadas pasiones, necesitaba á su lado talentos perspicaces, entendimientos hábiles, voluntades prontas, hombres en fin que supiesen comprender bien la profundidad de sus miras y despachar con rapidez los negocios de su cargo. Escelente para distinguir y apreciar á los que le rodeaban, conoció el monarca todo el valor del novel hombre de estado que ajenas recomendaciones le habian traído: el ingenio del flexible secretario simpatizó con su activa penetracion: le hizo su ministro mas alzado, le hizo su amigo, despreciando las murmuraciones del vulgo.—Asuntos de equívoca interpretación le inspiraron luego desconfianza, al paso que Antonio Perez se deslumbraba mas y mas con la rapidez de una fortuna que habia corrompido

su alma, dirigida al bien naturalmente, sin el veneno de una ambicion insaciable y las continuas amarguras que le suscitaban disimulados enemigos: los escándalos, el lujo desenfrenado, la disolucion de su conducta imprudente aumentaron la rivalidad que acompaña siempre al mérito y á la fortuna; al paso que los arrebatos de una pasion amorosa, bien escusable por cierto, pero altamente insensata en su posicion, rompieron el encanto de su privanza, cerraron la carrera de sus ambiciosas pretensiones y, comprometiendo su vida, le forzaron á mendigar el pan de estrañas manos en las duras aflicciones del destierro.

Para separar la parte de pasion de la verdad, para averiguar á punto fijo, ó conjeturar al menos la razon de ciertos hechos, es necesario examinar documentos de importancia, manuscritos contemporáneos sobre todo, porque las causas y los procedimientos de las desgracias de Antonio Perez tienen íntima relacion con ocultos designios del monarca y secretas inclinaciones de Felipe. El soberano y el amigo tenían á la vez quejas del Secretario de Estado; y los motivos que las apoyaban han quedado envueltos en misterios que, al través de apasionadas relaciones, es difícil y árduo penetrar. Arrinconados en los archivos de los monasterios y en las bibliotecas particulares hallanse muchos materiales para la historia; y de mano en mano han corrido

hasta nuestros días papeles que jamás han podido ser impresos, pero que conservan el sello de las pasiones y de los sentimientos de la época. Desfigurados con fábulas algunos, adulterada la verdad en otros por malicia ó por ignorancia, enriquecen sin embargo é ilustran con datos desconocidos las pocas piezas históricas que han quedado. En este proceso ha oído la posteridad solo á una parte, á Antonio Perez: seducida por su habilidad ha condenado á Felipe II en rebeldia; pero ya que no se le oyó, justo es, para formar un juicio acertado, consultar manuscritos, y sobre todo documentos que justifican hasta cierto punto la severidad del rey, al paso que disipan sensiblemente esa aureola de martirio que ha coronado hasta nuestros días á su desventurado secretario.

Para levantar á situacion tan interesante la memoria de Antonio Perez han concurrido causas de suma consideracion que han podido fácilmente pervertir nuestro juicio. Cuando, colmado de los dones de la suerte y favorecido de la amistad real, cayó en medio de sus glorias el Secretario de Estado, cuando el tormento dislocó sus miembros y la persecucion ennobleció su alma, naturalmente el público vió en él el blanco de la envidia de miserables cortesanos y la víctima de la inconstancia ó de la ingratitude régia. Doce años de prisiones, procesos monstruosos,

y sobre todo la habilidad y templanza de que usó en su desgracia el desventurado valido, disiparon prevenciones, y aumentaron el interés que inspiran siempre las grandes mudanzas de la fortuna. Refugiado en París al lado de Enrique IV, aplicó el resto de su vida á defender los actos de su administración, á vindicar su nombre de las graves acusaciones que sobre él pesaban. Entonces fue cuando escribió su voluminosa obra intitulada, *Relaciones, memoriales y cartas de Antonio Perez*, libro casi olvidado hoy, pero que alcanzó en su siglo la mas alta reputacion para su autor. Y esta celebridad fué justa. Hombre de una capacidad superior y con probada experiencia en los negocios públicos, conocedor de la humanidad por largos años de valimiento y combate, con un carácter flexible y simpático, y suma templanza en la adversidad; escritor fácil y sentencioso, moralista divagador al gusto de su época, Perez reunia todas las cualidades necesarias para escribir hábilmente su apología y reconquistar su puesto, si su puesto hubiese podido ser reconquistado. Todo cuanto escribió en Francia, todo cuanto trabajó en Inglaterra llevaba por norte el único, el esclusivo fin de su defensa, escitando al mismo tiempo el interés de estranjeros poderosos, seducidos ya por los atractivos de su lisonjera conversacion, de

sus maneras elegantes y de sus epístolas floridas y graciosas. Las *Relaciones* estan escritas con suma habilidad y soltura: el estilo es pesado para nosotros por la afectacion continua de que se reviste y los giros que lo adornan, pero en su tiempo era un modelo: la incesante digresion que rompe el hilo de las narraciones, las sentencias que, como Tácito, derrama Antonio Perez en su obra, la abundancia de conceptos y dulzura de las imágenes encantaron á todos los hombres ilustrados de Francia, cuya lengua menos formada que la española se enriqueció con los giros que introdujo el gusto español revelado por el magnate proscrito. Su vida y su defensa alcanzaron por este medio la mas alta popularidad: su libro produjo en París una sensacion viva; y numerosas ediciones y traducciones y extractos se sucedieron sin interrupcion para satisfacer la ansiedad pública. Las consideraciones del interés, los elojios de la admiracion siguieron á Perez á todas partes, y al paso que, creyéndole siempre bajo su palabra, se compadecian sus dramáticos infortunios, anatematizábase con horror la memoria de su perseguidor inflexible, del hijo del Emperador triunfante, del eterno enemigo de la influencia francesa. Asi pues, el interés patriótico, la satisfaccion de generosas pasiones se unian para condenar á Felipe y absolver á su

seductora víctima; y cuando después de haber amoldado al gusto particular de España la literatura francesa, trajo la reacción el gusto francés á la literatura española, la rehabilitación de Antonio Perez fue admitida sin discusión en el país.

Y no dejó de ser parte para su fama un acontecimiento extraordinario que conservó siempre en la nación la memoria de sus desventuras. Su última persecución está intimamente enlazada con el allanamiento de los fueros aragoneses. Cuando fugitivo de su cárcel, se presentó Antonio Perez en Zaragoza implorando el auxilio de las leyes del país y manifestándose al Justicia, el pueblo y sus amigos particulares velaron para que no fuese atropellada su persona. La mala dirección de los oficiales del rey, la desatentada presunción de las autoridades y el estúpido orgullo del marqués de Almenara enconaron los ánimos de los aragoneses que, al proteger al ministro prófugo, no se interesaban sin embargo en su conservación: querían solo defender las leyes antiguas; y Perez, aprovechándose de las faltas de sus contrarios, supo enlazar hábilmente su causa con la causa de los fueros. Provocaciones por un lado, escesos y trastornos por otro trajeron una revolución acompañada de los arrebatos y violencias de la ira popular inseparables de todas las revueltas; y cuando, despreciada la autoridad del rey, se presen-

tó el ejército en las puertas de Zaragoza, no se supo ni templarse ni resistirle; y la libertad aragonesa fué á espirar en el cadalso de Lanuza. El recuerdo de sus pérdidas exenciones, la memoria de sus sufrimientos duraron muchos años después en Aragón, y los naturales del país amaban y defendían la persona del desgraciado que fue ocasión, mas bien que motivo, de su levantamiento. El nombre de Antonio Perez ha estado pues estrañamente enlazado con los fueros de su país natal, y ambas causas han pasado á la posteridad unidas en una misma desgracia y en una misma admiración.

Mucho se ha escrito sobre la privanza de Antonio Perez, pero pocos escritos han visto la luz pública. Recientemente un drama, un romance español pretenden reflejar algunas facciones de su notable fisonomía; pero la luz poética es la mas falsa de todas las falsas luces. En uno de los mas acreditados periódicos de Francia insertóse hace algunos meses un artículo para probar la influencia que los libros de Perez tuvieron sobre la literatura francesa; y al contar de paso su vida, estráctase en pequeñas proporciones las *Relaciones* del Secretario desterrado. En la ligereza y vulgaridad de la reseña cóñose facilmente que no solo ha desatendido su autor el estudio imparcial de la materia que trataba, sino que ni siquiera para de-

fender á todo trance á Antonio Perez se ha tomado el trabajo de consultar sus memoriales y su voluminosa correspondencia. Así al tratar de Felipe II, de quien despues de muerto decia su proscrito y resentido privado en carta á un caballero francés, *que tenia mas valor que cuantos reyes hay*, repite el escritor todos los lugares comunes de la historia protestante, llamándole cobarde inflexible, Tiberio, tirano sospechoso y sombrío, todos los saludos en fin del irresflexivo encono, todas las calumnias de resentimientos que pasaron.

No es mi ánimo hacer la apologia de Felipe II, pero creo que es indigno de la imparcialidad histórica repetir las acusaciones apasionadas de interesados cronistas: es indigno de la ilustracion de la época considerar al primero de los monarcas españoles á la luz del engañoso prisma de sus enemigos políticos y religiosos, bajo el punto de vista de las preocupaciones filosóficas del último siglo: en los errores de su administracion, en los arrebatos de sus pasiones, en las exageraciones de su caracter, ha dado el hijo de Carlos V suficiente alimento á la censura, sin que sea necesario acumular sobre su cabeza falsos crímenes ni imaginarias faltas.—Cuando, fiados en apariencias ó en parciales relaciones, se juzga á Felipe II en los negocios de Antonio Perez, los sentimientos del corazon absuelven al valido para

condenar al rey: pero si por curiosidad se examinan los documentos contemporáneos, si se procura averiguar qué causas de interés particular ó público convirtieron de repente la condescendiente amistad del monarca en odio y persecucion, deplorarás ciertamente la desgracia del ministro caido y el inexorable enojo de su señor, pero cesará un poco la admiracion insensata hácia la victima y será menos vivo el aborrecimiento hácia el hombre que la abandonó al encono de sus contrarios implacables. Gran ejemplo su vida para orgullosos cortesanos: el favor de los príncipes es inconstante como el sosiego de la mar; la tormenta viene de repente á levantar sus olas. El desengaño acude siempre tarde, porque la privanza desvanece el entendimiento como los altos lugares desvanecen la vista: las esperiencias ajenas no tienen crédito alguno cuando la posicion y la esperanza presentan de continuo las embriagadoras flores de la ambicion. Como decia el célebre duque de Alba al príncipe de Eboli, suelen los reyes con favores personales probar los hombres como á niños y cebarlos como á peces.—La vida de Antonio Perez es un ejemplo de la inconstancia de la dicha y de la vanidad de los deseos mundanos; es una advertencia el destino del magnate que, despues de haber apurado los goces de las riquezas y las seducciones de la vani-

dad, deslumbrado en la altura de su puesto cayó, en tales aflicciones y en miserias tales, que mereció ser llamado por sus contemporáneos el Monstruo de la fortuna.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EDUCACION FÍSICA.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad: su organizacion, sus necesidades, los medios con que debe satisfacerlas, todo le acerca a los demas individuos de su especie, todo le aleja del aislamiento en que vive el mayor número de las especies animales, obedeciendo los impulsos instintivos de su organismo. El hombre salvaje, el hombre de la naturaleza, solo ha existido, solo puede existir en la imaginacion de los filósofos; y aun cuando sea poco halagüeña la perspectiva de la sociedad humana, no por eso el estado contrario, el estado de individualismo y de ilimitada independencia deja de ser una abstraccion.

Abranse las páginas de la historia; examínese el estado actual de todos los pueblos de la tierra, desde las tribus apenas conocidas del interior del Africa ó de la tierra del fuego, hasta los países mas poblados y cultos de la Europa; en todos se encontrará el hombre social. Bajo formas mas ó menos rudas, mas ó menos perfectas, tosca sencilla y primitiva en algunos parajes de la tierra, culta y complicada en otros y engalanada con todos los atavios de la artificiosa civilizacion moderna, en estos como en aquellos existe la sociedad.

El hombre emplea un largo periodo de la vida en el desarrollo de sus facultades y en adquirir la aptitud de que

necesita para llenar cumplidamente los deberes que aquella le impone en reciprocidad de los beneficios que le dispensa: y sus esfuerzos aislados serian casi siempre insuficientes, si la misma sociedad, no menos interesada en obtenerlo, no le auxiliase eficazmente para abreviar, facilitar y perfeccionar su educacion, bien se considere esta favoreciendo el completo desarrollo del cuerpo, ó formando su carácter moral y religioso, ó desenvolviendo las facultades de la inteligencia.

La sociedad moderna ha cuidado con esmero y especial empeño de la educacion intelectual del hombre; y si esto parece conforme con la tendencia, con el carácter de la civilizacion de nuestra época, no lo está seguramente con los intereses bien entendidos de la especie humana. Si la educacion intelectual propende al enriquecimiento de los pueblos, al esplendor y poderío de los gobiernos, y á estender ilimitadamente los gozes de los individuos, la educacion fisica y moral aseguran la felicidad comun, sobre las bases firmes y duraderas de la salud y de la virtud.

El entusiasmo por las ciencias y las letras, llevado mas allá de lo que permite el interés bien entendido, puede convertirse tambien en perjudicial á los individuos y á la misma sociedad. Porque ni la naturaleza de esta consiente en todas las clases que la constituyen el grado á que se pretende llevar la educacion intelectual, posible y conveniente solo á un número proporcionalmente reducido de individuos, ni estos podrian tampoco conseguir la perfeccion de su inteligencia, sino á espensas del desarrollo de la organizacion fisica y de la bondad de sus costumbres. En esto, como en otras muchas cosas, el celo indiscreto y poco ilustrado puede acarrear graves perjuicios á las naciones y á sus individuos, si desconociendo la estructura invariable de la sociedad fomentase sobradamente la educacion pública en un sentido, y la

desatendiese en otros, tanto ó mas importantes que el primero. Bajo tal concepto la civilizacion moderna puede tal vez haber merecido con justicia la censura de los moralistas, como quiera que sus esfuerzos solo parecen dirigidos á mejorar la condicion intelectual de los hombres, con preferencia á la condicion fisica y moral. Error grave, trascendental al bienestar de los individuos y de la sociedad, porque propende á alterar profundamente la organizacion social llevando á las clases laboriosas y mas humildes del pueblo el escepticismo, el desasosiego y la inmoralidad del filosofismo que corroe las entrañas de una gran parte de la sociedad actual; porque el atractivo seductor de la carrera de las letras distrae de la aficion al ejercicio de la agricultura, del comercio y de las artes mecánicas é industriales, inculcando en todos esa tendencia á la molicie y á los placeres sedentarios y sensuales que acompaña generalmente á cierto género de educacion; y porque desconociendo la ciencia del hombre é invirtiendo el orden progresivo de la naturaleza, se afana por anticipar á su época oportuna el desarrollo de las facultades intelectuales: educacion viciosa, que ó produce frutos sin sazón, resultado de un cultivo forzado, ó si fructifica alguna vez á medida del deseo, no lo hace sino á espensas de la educacion fisica y moral, haciendo el doloroso sacrificio del desarrollo del cuerpo y de la severidad de las costumbres. Mientras que la educacion del pueblo se quiera encerrar esclusivamente dentro de los límites del saber de nuestros dias, propenso mas bien á destruir que á edificar, segun la espresion de un filósofo elocuente del siglo pasado; mientras que no se curan las profundas heridas abiertas en el corazon mismo de la sociedad moderna por las máximas del materialismo, inútil será esperar el reposo y felicidad de los pueblos y de los individuos.

La observacion de todos los siglos y las luces de la ciencia ponen fuera de toda duda la preferente importancia de la educacion fisica, bien se considere como universal é inherente á todas las clases é individuos de la sociedad, ó bien en sus relaciones con la educacion moral é intelectual.

Los antiguos, como los modernos, han reconocido siempre la necesidad de dirigir con esmero el desarrollo de la naturaleza fisica del hombre favoreciendo los esfuerzos de su organizacion, segun el órden que la naturaleza tiene adoptado para desenvolver con regularidad progresiva todos los sistemas orgánicos de la economía. De la filosófica aplicacion de los principios de la higiene depende el conseguir el desarrollo completo de los unos, y el corregir á tiempo la viciosa disposicion de los otros. La educacion fisica proporciona al hombre el beneficio mas apreciable de la vida, la salud y la robustez. El individuo fuerte, endurecido por la educacion, apto por la agilidad y energia de sus movimientos para satisfacer las necesidades de su existencia, no solo es útil á sí mismo, sino á la sociedad, que tantas ocasiones le ofrece de emplear sus fuerzas: el hombre débil es inútil para sí y para los demas. Cuando ha sido bien dirigida la educacion fisica de un individuo, puede este luchar con ventaja contra las infinitas causas que conspiran constantemente á su destruccion: y no solo conserva para sí la salud y alcanza la longevidad, que la naturaleza niega á los seres débiles y raquíticos, sino que la trasmite á una jeneracion numerosa y robusta, fruto esclusivo del vigor de la organizacion. Estas ventajas que reporta el individuo son iguales y si cabe mayores para la sociedad, como quiera que los trabajos improbos de la agricultura, de la caza, de la navegacion, de la industria, las penalidades de la guerra, todas las necesidades de su existencia, exigen una constitucion fuerte y vigorosa en el hombre

que no es menos necesaria en la mujer, en el grado correspondiente á las funciones de su sexo, si ha de llenar completamente sus deberes y sobrellevar los afares de la maternidad, los cuidados del hogar doméstico y el gobierno entero de la familia. Una generacion robusta asegura la existencia de la sociedad, su prosperidad y lozanía; una generacion débil y miserable, acarrea tambien la debilidad y la muerte de la sociedad.

Si bajo el aspecto de la fuerza y vigor del individuo, de la fuerza y lozanía de una generacion, la educacion fisica produce inmensos resultados, no son de menor importancia los que trae consigo bajo el aspecto de sus relaciones con la moralidad y la inteligencia del hombre.

La educacion moral estriba como en su mas sólido cimiento en la educacion del cuerpo. Basta considerar las intimas y estrechas relaciones de lo físico y lo moral, de la organizacion con las costumbres, las inclinaciones y las pasiones para conocer toda la influencia que ejerce la educacion fisica sobre los actos del hombre moral. Y he aqui la imperiosa necesidad de cuidar de aquella para imprimir despues á la última la direccion que mas conviene á la felicidad del individuo y al interés comun de la sociedad. Los escritos de Locke, de Rousseau y otros hombres eminentes conformes con la experiencia y sabiduria de la antigüedad, han puesto fuera de toda duda el principio de que solo dirigiendo con acierto y completando el desarrollo de las fuerzas físicas puede darse á las demas facultades del hombre la estension de que son susceptibles y exige la civilizacion.

Las pasiones nobles y generosas, ó por el contrario, bajas y violentas, las que formando el carácter moral del individuo y de la sociedad hacen su felicidad ó su desgracia, suelen ser exclusivamente el fruto de los hábitos de la educacion fisica. El valor, física ó mo-

ralmente considerado, base de todas las buenas cualidades morales de un individuo y de una sociedad, arma poderosa contra el infortunio, mirado justamente como una de las primeras virtudes del hombre social es casi siempre el resultado de la educacion. La cobardía, el temor, la pusilanimidad, que tantos perjuicios acarrear á la salud y bienestar del individuo y de la sociedad son tambien fruto esclusivo de una educacion mal dirigida. Si se examinasen de la misma manera todos los actos del hombre moral veriamos que las pasiones alegres y expansivas, que tanto influyen en el ejercicio normal de las funciones y en el bienestar de los individuos, como todas las pasiones tristes y deprimentes, origen frecuente de tantas desventuras; que todos los hábitos laudables, el aseo, la templanza, la resignacion, la sobriedad, la moderacion en los placeres, la actividad, todas las virtudes que hacen la felicidad humana, y por el contrario la intemperancia, la envidia, el egoismo, la vanidad, la mentira, la pereza, la hipocresía y los demas vicios que afean la conducta del hombre le acarrear el deshonra y la desgracia; en fin, que todos los sentimientos generosos, elevados, las ideas grandes y justas, de la misma manera que los sentimientos bajos y ruines; los errores, el crimen mismo, todo, absolutamente todo puede traer su origen de la buena ó mala educacion fisica, de haber favorecido ó descuidado el desarrollo regular y conveniente de la economía, de la viciosa ó arreglada influencia de los órganos sobre las pasiones. La educacion primera encierra, pues, digámoslo asi, el porvenir entero del hombre, puesto que ella solo puede imprimir en la masa blanda de su organismo las disposiciones al bien ó al mal.

El recto ejercicio de la inteligencia y la perfeccion de las facultades del entendimiento requieren igualmente el completo desarrollo de los órganos es-

pecialmente encargados de tan importantes funciones. La naturaleza, siempre sabia en sus obras, ha marcado para el crecimiento de los sistemas orgánicos del hombre un orden progresivo, que en vano se intentará variar. Según este orden, solo después de haber adquirido el cuerpo todo su vigor se verifica el desarrollo de los órganos de la inteligencia: la naturaleza le ha considerado como la terminación y complemento de su obra. Y si violentando sus leyes aspira alguna vez el hombre á conseguir la prematura perfección de su inteligencia, contraria á los intereses del individuo y de la sociedad, sus esfuerzos son casi siempre vanos y tal vez funestos. Esas inteligencias precoces, fruto de un trabajo violento é incesante suelen generalmente presagiar ó limitadas facultades en el individuo ó una vida lánguida y de corta duración.

En los órganos de la inteligencia débil é incompletamente desarrollados no pueden hacer impresion profunda é indeleble las máximas de la educación intelectual; el tiempo borra bien pronto unas impresiones tan fugaces y desvanece como el humo las esperanzas de un amor indiscreto, fundadas locamente sobre el fuego fátno de las primeras disposiciones, que se malogran casi siempre por la no bien dirigida educación primera. Puede sin embargo conseguirse aunque rara vez aquel deseo; pero siempre á costa del desarrollo de la constitución física: no de otro modo, que alcanza el jardinero anticipar con el calor artificial de sus invernáculos alguna que otra flor de planta cuya vegetación lánguida y forzada no puede competir jamás con la lozanía y vigor de las de su especie que dirige por sí misma la mano de la naturaleza.

La inteligencia humana no solo espera para desarrollarse al incremento del cuerpo, sino que en el ejercicio y perfección de sus facultades guarda proporción con la energía de las fuerzas fi-

sicas. Hasta en el mismo desarrollo progresivo de las facultades del entendimiento ha querido la naturaleza observar un orden progresivo. La memoria, la imaginación, el juicio no se desarrollan y perfeccionan al mismo tiempo: su educación requiere diferentes condiciones físicas sin las cuales no tiene lugar. La sensibilidad del hombre, la movilidad que caracteriza alguno de sus períodos y las demás condiciones de su organismo, que facilitan la perfección de la memoria y de la imaginación se oponen al completo desarrollo del juicio. Esta facultad, base de la razón y de la sabiduría, requiere necesariamente la quietud del organismo, el equilibrio de sus fuerzas, la acción normal de sus funciones para ejercerse con regularidad: veanse los fenómenos que ofrece el desarrollo progresivo de la inteligencia en los diferentes períodos de la vida: la inestabilidad y ligereza de las impresiones y de la voluntad de la infancia correspondiente á la excitabilidad física que la caracteriza: la vehemencia, el fuego apasionado de la imaginación del adolescente, las ilusiones puras y sencillas de este florido período de la existencia humana, en que la naturaleza reparte con profusión el calor de la vida por todo su organismo: la precisión y exactitud de los juicios, la madurez, la vigorosa firmeza de las resoluciones de la edad adulta proporcionada al completo y vigoroso desarrollo de sus fuerzas y el equilibrio de sus funciones orgánicas: por último la impasibilidad, la fría y severa razón de la ancianidad propia de una sensibilidad embotada y de un corazón frío.

Si, pues, el entendimiento humano aparece siempre subordinado á nuestro modo físico de sentir, puede considerarse demostrada la necesidad de favorecer el desarrollo de la organización y de ordenar por medio de una salud perfecta y vigorosa la acción de la sensibilidad de los órganos, para que sea arreglado también el ejercicio de la sensibilidad del alma. Solo por este medio

se dará á los actos del entendimiento el vigor, el equilibrio que requieren la rectitud de los juicios y el sano ejercicio de la voluntad. «Si quereis cultivar la inteligencia de vuestro discípulo, dice un sabio bien conocido, procurad el desarrollo de sus fuerzas; ejercitad continuamente su cuerpo; hacerle sano y robusto para que sea sabio y racional; que haga algo, que corra, que grite, que esté en continuo movimiento; que sea primero hombre por su vigor, y bien pronto lo será por su razon.»

Aunque la sociedad moderna ha comprendido la importancia de la educacion intelectual cuya perfeccion dá en ella á cada individuo el lugar que le corresponde, es preciso reconocer que ademas de haber exajerado aquella importancia, ha contrariado el logro de sus mismos deseos, no solo con la superficialidad de la instruccion que generalmente proporciona por lo mismo que pretende difundirla á todas las clases é individuos, sino tambien porque ha desconocido, que la educacion del entendimiento solo puede fundarse con solidez sobre las bases de la educacion fisica, moral y religiosa, lastimosamente descuidadas: error grave y de muy fatales consecuencias para el bienestar de la generacion presente.

En esto como en otras muchas cosas la antigüedad se muestra mas sabia, mas profunda en el conocimiento de las eternas leyes que rijen el mundo físico y moral. La historia de los pueblos antiguos ofrece pruebas de la importancia que daban sus legisladores á la educacion fisica; y un sin número de hechos incontestables demuestra tambien los ventajosos resultados de algunas de sus leyes y costumbres, especialmente encaminadas á preparar generaciones sanas y vigorosas.

Así es que la sabiduría de aquellos legisladores no omitia medio alguno para conseguirlo. Conformes con aquella máxima de Platon de que no debe ejer-

citarse el alma sin el cuerpo, ni el cuerpo sin el alma, las leyes y costumbres públicas determinaban los diversos ejercicios en que la juventud se adiestraba para robustecer su organizacion y disponerse á sobrellevar no solo las fatigas comunes de la vida, sino tambien las duras penalidades de la guerra. Los juegos olímpicos, adonde ansiosa de premios y de gloria corria la juventud á dar muestras de esfuerzo y de destreza, mas bien que fiestas instituidas en obsequio de los Dioses, eran un medio poderoso y altamente político de formar la educacion fisica del pueblo. »No son las murallas decia Solon á los de Esparta, las que constituyen la fuerza de una ciudad: su defensa estriba solo en el valor y la fortaleza de sus habitantes.»

A las admirables instituciones de Licurgo, dirigidas algunas á la perfeccion del desarrollo físico debieron los Lacedemonios su valor y sus virtudes. Acudíase á otros pueblos de la Grecia en busca de oradores, de pintores, de músicos, de artistas; pero se pedian á Lacedemonia los legisladores, majistrados y caudillos para la guerra. Para facilitar mejor el objeto de la ley se cuidaba de mezclar entre los ejercicios mas violentos del cuerpo los que pudieran recrear el ánimo de la juventud, la danza y los alegres juegos. La natacion, este medio tan importante de educacion fisica, bien se la considere como un modo eficaz de robustecer el cuerpo, bien como un poderoso auxilio en muchos accidentes desagradables de la vida, merecia en aquellos tiempos la importancia que tiene y no se le dá en los siglos modernos. En Grecia como en Roma era vergonzoso no saberlo hacer y como proverbio que significaba la ignorancia de un hombre se decia que no sabia leer ni nadar.

Los mismos filósofos añadian á la enseñanza de sus doctrinas en todos los ramos de la filosofia el ejercicio corporal. Paseando en la academia ó sobre

el promontorio de Sunium instruía Platon á sus discípulos. Aristóteles conservando la misma costumbre dió el nombre significativo de peripatéticos á los que seguían su escuela. La Academia, el Lyceo, el Cynosargo eran estensos jardines, llenos de árboles, donde la juventud adquiría á la vez la robustez y la filosofía: y unas prácticas que tan poderosamente contribuyeron á formar tantos héroes, tantos sabios que admiramos, llevan en sí mismas la mas convincente justificación.

A estas mismas costumbres y ejercicios á pie y á caballo en que la juventud se robustecía y adiestraba, debieron igualmente los romanos su inmenso poder y la dominacion del mundo. El abandono de estas prácticas y la molicie en que cayeron por espacio de veinte años despues de la primera guerra púnica, atrajeron sobre la orgullosa Roma la humillacion de ver á sus puertas el ejército victorioso de Anibal: pero recobrando su imperio las primitivas y austeras costumbres, restablecida la disciplina de los soldados, y vigorizado nuevamente el pueblo por las virtudes, rechazaron á sus enemigos, entregados despues de sus triunfos á las dulzuras de la vida muelle y licenciosa, compañera generalmente de la pereza y de la cobardía.

Aun despues de haber perdido aquellas instituciones entre los romanos su primitiva importancia y utilidad, cuando ya se abandonó del todo la gloria de los juegos públicos á los gladiadores y á los esclavos, y cuando á las luchas pacíficas y honrosas que hacian anteriormente su delicia sucedieron los espectáculos horribles y sangrientos, á pesar de esto se conservaron por mucho tiempo los gimnasios, y sus ejercicios se consideraban como una parte principal de la educacion de la juventud. Solo concluyeron cuando se desplomó el imperio de los Césares; minado largo tiempo por las malas pasiones que traen consigo la molicie y

la corrupcion de las costumbres.

Y no solo fueron objeto de aquella lejislacion estos ejercicios gimnásticos, sino que en observancia de las reglas de la higiene pública y privada se encuentran tambien entre las instituciones lejislativas de los hebreos, de los griegos, de los persas y de los romanos, otras muchas cosas relacionadas con la salud y robustecimiento del cuerpo; pareciendo suficientes las referidas para probar que aquellas naciones, cuya historia ofrece tantos y tan sublimes hechos que admirar, tantos modelos de virtudes, de heroismo y de sabiduria, debieron muy principalmente su prosperidad y su gloria á la buena educacion física y moral de los pueblos y de los individuos.

La civilizacion de los siglos últimos ha alterado profundamente la lejislacion y las costumbres dirigidas á tan importante objeto. Generalmente hablando, las naciones modernas, son menos vigorosas, morigeradas y religiosas que las anteriores; y sean cualesquiera las causas que han podido dar origen á estas diferencias tan pronunciadas en la organizacion social, en el caracter físico-moral de los pueblos actuales, el hecho en sí nos parece mal, como quiera que no por eso ha cambiado ni puede cambiar la naturaleza del hombre, sujeta en su accion á las leyes constantes del organismo y de la moral. Nada importa que algunos descubrimientos interesantes de los siglos últimos, las variaciones hechas en la táctica de las batallas y la mayor facilidad con que el hombre satisface actualmente algunas necesidades de la vida hagan menos necesaria la fuerza material del individuo: no por eso el vigor de la constitucion física es menos indispensable para la salud y la moralidad de los hombres. Tampoco importa que el progreso no interrumpido de las ciencias prometa nuevos adelantos y perfecciones, que mejoren cada dia la condicion de las generacio-

nes venideras: las necesidades absolutas del organismo, las pasiones humanas serán siempre las mismas; y el entendimiento del hombre tampoco traspasará jamás los límites señalados por el dedo del omnipotente. Así lo establecieron sus leyes inmutables, lo enseña la ciencia y lo confirma la historia.

Cualquiera que pueda ser el progreso intelectual del género humano en los siglos venideros, la verdadera y permanente felicidad de los hombres estribará siempre en su salud y robustez, en la moralidad de las acciones y en los sentimientos de la religión, á cuyas condiciones se unirán despues y fácilmente, por una educacion bien dirigida, el desarrollo de la intelijencia y los buenos hábitos de la voluntad.

Hágase al pueblo robusto, morigerado y religioso y se habrán atendido los intereses mas positivos de los hombres, solo entonces se habrá conseguido constituir sobre cimientos sólidos la felicidad permanente de la sociedad humana y de sus individuos.

M. V. DE AGUIRRE.

AMENA LITERATURA.

LA HIJA DE UN PINTOR.

CONCLUSION (1).

III.

Aquella espresion de tristeza y vaga melancolía que en otros tiempos sombreaba las facciones de D. Juan había desaparecido completamente, pues pasaba su vida entre las satisfacciones y el placer, ageno ya de los disgustos

que antes combatian su apasionado corazón. Siempre al lado de Leonor, solo dejaba el taller de Benabuti, del que recibia frecuentes lecciones, para pasear con su hija por las hermosísimas florestas que circuián la colina donde estaba situada su habitacion.

Una mañana habia amanecido el sol cubierto de ligeras nubes que teñidas por sus rayos daban al cielo un color brillante de púrpura, al paso que servian como de dosel á la tierra templando el excesivo calor de este astro en los países meridionales. El aire estaba fresco, y las flores conservaban aun sobre sus humedecidos cálices algunas gotas del fresco rocío de la noche. Leonor apoyada lánguidamente sobre el brazo de D. Juan caminaba hácia su casa despues de haber recorrido aquellas florestas tan risueñas y deliciosas.—¿No ves ese mar, le dijo D. Juan, que tranquilo se nos presenta?—En otras costas lo he visto yo embravecido y agitado; sus olas no lamian como aquí la blanca arena de la playa, sino que se estrellaban sobre las rocas produciendo en ellas un ruido sordo y terrible. Pero Leonor, aquí todo es tranquilo; hasta la naturaleza parece feliz. ¡Si supieras cuanto lo soy yo! Antes el secreto de mi nacimiento era un disgusto eterno que á todas partes me seguia, deseaba conocer á los que me dieron la vida, y muchas veces no me atrevia á preguntarlo; si, Leonor, no me atrevia á preguntarlo, porque yo deseaba una cuna ilustre cual creia convenir á mis ambiciosos pensamientos, y temia balar la mia en la mansion del delito, ó cubierta de obscuridad, que para mis ojos hubiera sido una mancha mas horrible que la del crimen mismo, pero despues que te he visto y me has amado, ¡ah Leonor! créeme, mis ideas han cambiado. Ya no deseo esa gloria que antes ambicionaba, y ¿qué extraño es que la ambicionara cuando mi corazón estaba vacío? pero ahora que tú lo llenas solo deseo vivir siempre junto á tí, que

(1) Véase el número anterior.

seas mía, y que nunca tenga que separarme de estos campos deliciosos donde tu habitas.

Si hubiera estado en mi mano, dijo Leonor, creeme también, no te hubiera amado.

—Y por qué, Leonor?

—Porque he conocido tu corazón mucho tiempo hace.—Eres ambicioso, y la pasión de la gloria te domina.

—No te lo negaré; pero las artes ¿no me ofrecen un campo inmenso donde satisfacerla?

—No, Juan, te equivocas, tu jamás serás pintor, ni esa gloria tranquila que también tiene sus amarguras, es la que á tí te conviene.

—¿Y por qué dices que nunca seré pintor? Es verdad que aun soy un principiante, y que mis cuadros son pequeños bosquejos al lado de los de tu padre pero con el tiempo yo podré aspirar....

—No sé, si algun día podrias ser lo que se llama un genio; pero para pintar esos cuadros que mi padre bosqueja con tanta facilidad es necesario, ó un instinto del arte, del que la naturaleza no te ha dotado, ó una aplicacion sin límites, y pasar muchos días y muchas y muy largas noches en el taller delante de un lienzo, trabajando sin cesar, borrando lo que se ha hecho, volviéndolo á dibujar, borrándolo otra vez, y continuar con perseverancia hasta que á fuerza de trabajo....

—¿Y por qué no podré yo hacer eso?

Leonor se sonrió.

—Porque tú no pintas sino cuando estoy junto á tí, y porque en todos tus lienzos no se ve mas imagen que la mía. Además yo lo conozco; tu espíritu es belicoso; la gloria de las armas es la que te encanta, y si no has corrido ya á los países donde hay guerra y á los campos de batalla es porque no has podido, ó quizá porque la obscuridad que envuelve tu nacimiento te ha impedido escalar el puesto á que tú hubieras aspirado si pudieras decir soy el hijo de un ri-

co hombre. ¿Y quién me puede asegurar á mí hija de un pobre pintor, á quién las desgracias y sus émulo han obligado a retirarse á la soledad de los campos, que el día que tu descubras el nombre de tus padres, no me abandonarás? ¿Qué tengo yo para retenerte á mi lado sino eso que tú llamas hermosura? Y una vez que sea tuya, ¿por qué no he de pensar yo que te sucederá lo que tal vez en el curso de tus viajes se ha pasado ya con otras mugeres.

—Nunca te abandonaré; te lo juro y sea mi nacimiento cual sea, tu serás la esposa mía.

A este tiempo llegaron á la puerta de la quinta! dos personas acompañaban á Benabúti; D. Luis el compañero de D. Juan y un correo.

—Señor D. Juan, dijo D. Luis, no podreis quejaros de mí; he sido complaciente cuanto podia serlo; pero es ya tiempo que partamos.

—¿Adonde? dijo D. Juan.

—A España á la corte de Valladolid.

—¿Y qué tengo yo que hacer en esa corte? Ya os he dicho mil veces, Don Luis, que no os seguiré por mas tiempo.

—Esta vez es necesario que me obedezcais, pues así lo ordena vuestra familia.

—¿Mi familia! ¿y cuándo la he tenido?

—He pasado mi vida entera suspirando por ella, y solo se ha acordado de mí cuando destruye mi felicidad.—Los sucesos que han trastornado la Europa la permiten hoy llamaros á su seno.

—¿Qué sucesos! y que tienen que ver conmigo.

—El señor os enterará: él acaba de traer la noticia, y las órdenes de vuestra marcha.

Con efecto el que acompañaba á Don Luis, le dijo: El grande Emperador Carlos V se ha hecho aun mas grande que por sus batallas, abdicando la corona y retirándose á un monasterio. Su augusto hijo Felipe II que le ha sucedido en el trono de España es vuestro hermano.

—¡Mi hermano! dijo D. Juan.—Su hermano! murmuró Leonor—y los dos amantes guardaron un profundo silencio.

El embajador continuó: Si, D. Juan, sois hijo del gran Carlos V. Él os ama, y no quiere que vivais en la obscuridad por mas tiempo. Al hacer la abdicacion de su imperial corona, os ha reconocido, y desea estrecharos contra su seno.

¿Le hareis aguardar mucho tiempo? dijo D. Luis.

No, contestó D. Juan, Leonor, dijo dirigiéndose á esta. ¿Quién nos hubiéra dicho esta mañana cuando vagábamos por las orillas del mar que mis abuelos eran los reyes mas poderosos de la tierra? No te equivocabas; la gloria de las armas es la que conviene al que es hijo de un guerrero. Yo me haré digno del amor de mi padre, y si heredo su espada no enmohecera en la vaina, ni la deshonraré en los combates. Pero yo seria indigno de ella, si comenzase mi carrera faltando á mi palabra: Leonór, te he jurado no separarme de tí, y no iré á ver á mi padre, si tú no me lo otorgas como una gracia. Sí, dijo Leonor, y Benabuti con las lágrimas en los ojos le dijo tambien: D. Juan, sois libre, ¡podeis marcharos á seguir la gloriosa senda que el destino os señala, y recordar alguna vez desde los régios palacios donde vais á vivir á vuestros amigos de Italia.

Mis amigos de Italia me seguirán, por que Leonor es mi esposa.

No; respondió esta, no será vuestra esposa, D. Juan. Nuestras relaciones han concluido; la hija de un pintor no puede recibir la mano del hijo de los reyes; pero no será menos que él en generosidad, vos quedais libre para escoger la esposa que os convenga, yo por mi parte conservaré mis juramentos, y os cumpliré mis promesas. Despues de haberos amado, y de amaros aun tanto, mi destino es vivir en un convento, así podré hablar libremente de vos y aun volver á veros si alguna vez venis por Italia.

Con efecto, D. Juan vino á la corte

de Felipe II, y despues de haber reusado las órdenes sagradas, se le encomendó el mando de las tropas y fué uno de los mas distinguidos capitanes de su tiempo.

Leonor cumplió su palabra y entró en un convento. Cuando llegaban hasta el interior de su retiro las hazañas gloriosas de D. Juan de Austria, solia brillar en su rostro un rayo de alegría. La soledad del claustro conservó su pasion, aunque nunca hablaba de ella; así es que de continuo estaba triste.

Despues de la batalla de Lepanto ganada por D. Juan que habia heredado el valor de su padre Carlos V, pasó á Italia.—Benabuti habia muerto.—Don Juan vió en el locutorio del convento á Leonor.—Despues de recordar aquellos tiempos aquella Eloisa dijo á su amante.

Estoy contenta del sacrificio que hice, pues tanto bien ha traído á la cristianidad.—Despues se separaron el hijo de los reyes y la virgen del señor y no se volvieron á ver mas.

FULGENCIO BENITEZ.

QUIEN MAS PONE PIERDE MAS.

COMEDIA ORIGINAL

DE DON TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Desde su primera aparicion en el mundo dramático, demostró el Sr. Rubí excelente disposicion para combinar y conducir con gracia el artificio teatral. Su comedia intitulada *Toros y cañas*, si bien, como todas las obras de los que principian una carrera difícil, se resentía de falta de esperiencia y de timidez en el enredo, anunció al público que habia dotes de gran valía en el autor, dotes que con mayor conocimiento de la escena y el estudio conveniente podrian á su tiempo producir piezas dramáticas dignas de atencion y de alabanzas. El Sr. Rubí ha cumplido lo que su

primer composicion nos prometia: la comedia que vamos á analizar ligeramente ahora está sumamente distante de la anterior y le sobrepuja en mérito considerablemente: el tiempo que entre ambas ha mediado ha madurado y hecho crecer los gérmenes de las cualidades que son necesarias para un poeta dramático. Sin duda no es perfecta la obra: sin duda la vista escrupulosa distinguirá lunares é imperfecciones; pero ciertamente son superiores las bellezas á los defectos: ciertamente hay mucho que esperar de quien así comienza á andar por la escabrosa via del arte del teatro.

El Sr. Rubí tiene una cualidad excelente, el gusto: conócese que antes de escribir una escena calcula su efecto sobre el espectador; que camina paso á paso y con tiento, sin contar para nada con la indulgencia del público y así debe ser: los poetas que escriben sin conciencia no labrarán jamás duradera fama: los poetas que llenos de presuncion se fían en su inspiracion sola y tienen lo que se llama atrevimiento dramático, rara vez dominarán en la escena; y si la paciencia de los espectadores los tolera por algun tiempo, acabarán al fin por hundirse entre silvidos cuando mas confiados se hallen en su aparente popularidad: las composiciones de teatro tienen ciertamente una parte de invencion, el argumento, pero necesitan tambien una condicion sin la que no pueden existir; la forma, el arreglo de la intriga, la colocacion de las figuras: para eso no sirve la inspiracion: el ingenio, la paciencia, el estudio concienzudo son las cualidades indispensables. Muy bien ha comprendido estas razones el Sr. Rubí y al leer su comedia, se advierte con placer que hay meditacion en el artificio y cuidado en la distribucion de las escenas: sucede así que está clara y desembarazada la intriga, y al paso que causa el conjunto efecto en el espectador, vá creciendo lenta y progresivamente el interés hasta el desenlace.

D. Felix de Guzman viene á casarse á Madrid con una jóven á quien no conoce: es casamiento tratado de antemano, y el aturdido galán vuelve á la capital sin cuidarse mucho de su novia, pero resuelto á cumplir lo concertado. Recien venido, sigue desde la iglesia á una dama que se cubre con el velo y se encierra, para evitarle, en un portal con su criada: la ha seguido, porque piensa reconocer en ella á una de sus antiguas y abandonadas amantes, á Isabel, y es verdad porque es la misma. La jóven está encomendada por el rey Felipe IV á D. Diego de Mendoza quien, perdidamente enamorado de su pupila, no se atreve á seguir adelante en sus menospreciada pasion: Isabel es hija natural del monarca: D. Diego lo sabe, y si pudiera olvidarlo, bastaria para acordárselo la escena medio burlona, medio severa con el rey. Pero tambien el soberano tiene un cuidado secreto en su alma: al ir como de costumbre á visitar á Mendoza, se ha encontrado á solas con su hermana Leonor, y su inocencia, su belleza han cautivado su corazon, dejando enamorada á la candorosa jóven. En tanto D. Felix de Guzman llega alojado á casa de D. Diego pues su hermana es la esposa á quien viene á buscar. Mendoza reconoce en él al que siguió á Isabel desde la iglesia, y como es natural le recibe algo friamente.

En el acto segundo, despues de una escena bellissima entre Moscardon criado de don Felix é Inés criada de Isabel, se lamenta esta de sus desgracias; aunque abandonada por don Lope de Acuña (que con este nombre trató al de Guzman) conserva en su corazon la imagen de su amante á quien reconoció en la iglesia: están bajo un mismo techo; pero ambos lo ignoran, aunque la presencia de Moscardon criado de D. Felix y criado al mismo tiempo del que con él siguió á Isabel por las calles, pone al ama y á su sirviente en dudas y confusiones. Leonor ha recibido una cita del rey, á quien solo conoce por un

don Luis de Silva; y si bien trémula y tímida enamorada baja al jardín á hablarle: Isabel está allí tambien para consolar su desventura, cuando don Felix de Guzman acude cansado de buscar en vano á su perdida amante: al ver de lejos una figura de muger, llega lentamente á saludarla, creyendo encontrar á su futura: don Felix é Isabel se reconocen, pero esta, dando un grito, huye, y el galan corre á alcanzarla. Fiel á la cita llega Leonor, y mientras habla con su desconocido amante, su hermano Mendoza que pasa por casualidad, oye sus palabras de amor é indignado de la deslealtad del rey, se oculta para oír sus pláticas. Don Felix en tanto, que no ha logrado hallar á Isabel, al ver un hombre en conversacion con una dama, saca la espada y riñe con Felipe hasta que interponiéndose don Diego manda salir al embozado soberano, que se retira sin juzgarse conocido, y se lleva el de Mendoza al de Guzman para satisfacer sus dudas.

Al comenzar el acto tercero se preparan á dejar la casa D. Felix y Moscardon. D. Diego ha declarado al primero que por motivos de honor es imposible su enlace, suplicándole busque otra morada. Contento con la libertad en que queda, está pronto á partir don Felix, pero quisiera ver antes á Isabel: su criada, seducida por sus dádivas, le señala una entrada secreta por donde pueda llegar á su cuarto. D. Diego entre tanto, únicamente ocupado de su honra ofendida, va á llevar á la desdichada Leonor á un convento, despues de declararle el nombre de su amante; y cuando Isabel está hablando con Inés de D. Felix, llega este mas enamorado que nunca á echarse á sus pies y á pedirle perdon de sus ofensas. Pero el rey acude por la puerta secreta á buscar á Leonor y, al ver con D. Felix á su hija, á esa hija que encomendó al cuidado de D. Diego con estrecho encargo de guardarla de los obsequios de los hombres, queda en observacion,

maravillado al oír en las pláticas de los amantes la antigüedad de sus relaciones: oye tambien la desventura de Leonor y, para vengarse de D. Diego, interponiéndose de repente entre Isabel y D. Felix, lleva á este á un lado de la escena: declárale el nacimiento de su amada, encargándole el secreto, y se la da por esposa, ocultándoles detrás de una cortina al oír los pasos de Mendoza. Queda solo el rey: D. Diego llega, y, despues de saber de Leonor, pregunta Felipe por Isabel, y si nadie le habló de amores: el de Mendoza contesta que no, con seguridad: mándale el rey alzar la cortina y sorprendido la encuentra allí con D. Felix, oyendo despues que son esposos: para consolarle ofrécele el monarca su amistad y favor; pero D. Diego le responde con acatamiento que esta resuelto á huir con Leonor de la corte, porque allí *quien mas pone pierde mas.*

Aunque ligera y tal vez confusamente estrachado, este es en resumen el argumento de la comedia. Todos los personajes estan en su lugar: el rey, aunque enamorado, nunca deja de ser rey: D. Felix de Guzman es un caracter algo aturdido, mas de corazon y buenos dotes: pero D. Diego de Mendoza es, á nuestro entender, la mejor figura del drama: severo, caballeroso, de hidalgo y honrado proceder, cumple con los deberes de su difícil posicion, quedando en el desenlace melancólicamente arrinconado, sin hablar de su pasion engañada: hay nobleza en su actitud, y el autor ha comprendido que debia hablar poco al concluir la intriga contra su interés y contra sus deseos. Don Diego es hasta cierto punto victima de su hidalguia, y su caracter está tocado con delicadeza suma: para el cumplimiento de ciertos deberes no hay recompensa proporcionada en el mundo, y para ciertos corazones el premio mejor es la tranquilidad de la conciencia.

La versificacion, es facil y armoniosa: hay en general pureza en la dición y

soltura en el diálogo; finalmente la comedia del Sr. Rubí es una de las nuevas producciones que mas impresion han hecho al público inteligente; al paso que es un escalon sólido y merecido para la reputacion y adelantos de su autor.

LÚCULO.

OLAS SIN MURMULLO.

¿A dó llevais mi nave destrozada,
Olas de un mar, sin fondo, ni riberas?
¿A dó guiais su brújula estraviada?
¿A dó su curso atropellais ligeras...?

¿A dó entre sombras caminando vamos,
Rotas las jarcias y el timon y remos?
¿A dó sin rumbo inciertos avanzamos,
Que nunca puerto a nuestra angustia vemos?

¿A qué surcar y mas surcar? Perdida
Su luz ya el ojo en su dolor apaga,
Aliento falta al corazon rendido,
Fria la sangre en las arterias vaga.

¿A qué surcar y mas surcar? ¿El vuelo
A que tender a un porvenir sin via?
¿A qué surcar y mas surcar? Si el cielo
Quedó ya en pos de la esperanza mia.

Ayer del mar las márgenes frondosas,
Dó radia el sol, en perlas y esmeraldas,
Enlazando en tropel mirtos y rosas,
Coronaban mi sien con sus guirnaldas.

Ayer el soplo de la gloria henchia

La hoy replegada vela, y murmuraba,
La estrella del amor la conducia,
Y el aura del placer la acariciaba.

Ayer el sol del entusiasmo ardiente
La hirviente sangre aglomeró en mis venas,
Y alas llevó la enardecida mente,
Que al recuerdo de ayer vive hoy apenas.

Y tubo ayer el pájaro armonía,
Murmullo el aura, el eter resplandores,
Espuma el mar, las flores ambrosia,
La mente luz, el corazon amores.

Hoy todo vago y silencioso y frio,
Sin luz, ni vida, ni rumor ni aliento,
Pasa sin dar al corazon vacio
Ni un placer, ni un amor, ni un sentimiento.

Hoy todo vive en sombras confundido,
Hoy todo en sombras sepultado yace:
¿A donde pues, oleadas sin ruido,
Llevar mi barea entre el dolor os place?

¿A donde voy? ¿el corazon menguado
A qué en el pecho aletargarse inerte?
¿A donde voy? sin vida arrebatado,
¿A donde voy? decid: «vas a la muerte.»

«Vas a dó vuela el céfiro ligero,
«A dó el raudal que en la ribera espira,
«A donde vá el sonido postrimero
«Que, su cuerda al herir, lanza tu lira.»

RAMON DE SATORRES.

ALBUM.

TEATROS.—La temporada cómica ha concluido de una manera estrepitosa. El miércoles se anunció al público que se repetiría la función verificada en la noche anterior á beneficio del actor don Pedro Sobrado, pero al fin del cartel se decía que concluiría el espectáculo con un *divertido sainete* sin espresar cual sería este. Algunos espectadores creyeron que debía ser la *CASA DE TÓCAME ROQUE* que fué el que se hizo el martes, y al ver su esperanza engañada, prorrumpieron en gritos y voces que impidieron continuar á los actores el sainete comenzado.

Echóse el telón y despues de un buen rato se dijo al público de órden de la autoridad, que era imposible satisfacer sus deseos por indisposicion del Sr. Guzman; que los anuncios no designaban que sainete se habia de ejecutar y que por lo tanto iba á continuar el ya empezado. Esto que debió bastar y aun sobrar para contener á los que gritaban produjo nuevo alboroto, y la autoridad, menos enérgica de lo que hubiera sido de desear, dió por terminada la función y mandó apagar las luces; la mayor parte de los espectadores se fueron, pero aun quedaron algunos que se divertieron en romper las lunetas y los tubos de la lucerna. Nos han dicho que se ha multado á la empresa, y si es cierto tendríamos mucho gusto en saber el motivo de la multa, porque la verdad no se nos ocurre cual pueda ser.

Aun no se ha concluido la historia: el jueves, última representación de la temporada, salió á tocar el violín un niño: fué justamente aplaudido y se pidió que saliese á las tablas; esto se está haciendo todos los dias, pero la autoridad acordándose sin duda de lo ocurrido en la noche anterior, no quiso consentirlo y se repitió el escándalo, y tu-

bo que acudir el gefe político y la fuerza armada y la función no se concluyó.

Si estos escesos, ocurridos sin premeditacion y sin objeto, se repitiesen equivaldrian á que los teatros se cerrasen porque concluirían por no ir un alma á ellos; por lo tanto debemos presumir que se tomarán medidas para evitarlos, cualquiera que sea la causa que los pueda producir.

LICEO.—El martes próximo se pondrá en escena en el teatro del establecimiento una ópera orijinal de D. Basilio Basili en tres actos titulada *El Contrabandista*. El objeto que su autor se ha propuesto al escribirla sobre un libreto español y valiéndose en cuanto lo permite el asunto de los motivos y melodias españolas, ha sido llamar la atencion de una corporacion dedicada al fomento de las artes y las letras; el autor se lisonjea de que su obra escitará el interés del público aunque no se atiende mas que al fin á que va encaminada que es crear una música verdaderamente nacional y un porvenir para los artistas.

Al disponer la Junta delegada del Liceo una función extraordinaria con este objeto, ha tenido necesidad de señalar un precio al billete de entrada que pueda sufragar los gastos de la ejecución é indemnizar al autor, en cuanto sea posible, de su trabajo.

—El concurso ó certamen del domingo anterior como último de mes, aunque menos concurrido, fué notable por lo escogido de las composiciones que se leyeron. El asunto designado por la suerte para la seccion de literatura era la *Misa del Gallo*, y el Sr. Romero Larañaga obtuvo la medalla de premio.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO